TRANSPORTE EN GUERRA

ORGANO DEL SERVICIO DE TREN DEL EJERCITO

Año I. ◆ Madrid, 20 de Septiembre de 1937 ◆ Núm. 12.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

AYUDAD CON FE A LA VICTORIA

Y SEREMOS EJEMPLO PARA LOS DEMAS

En los momentos actuales y difíciles, por ser éstos en los que se trabaja con más entusiasmo para una rápida organización de los Batallones del Transporte, y siendo éstos una de las bases fundamentales de la victoria, pues de sobra sabemos que el Ejército que más movilidad tenga, contará con más facilidades para ganar la guerra, es cuando se ve la enorme importancia que tiene nuestro Servicio y cuando se vislumbra la verdadera eficacia de sus resultados.

Por eso nosotros debemos desechar toda clase de rencillas políticas y discordias profesionales, ya que a todos nos anima un mismo fin: destrozar a la bestia fascista que está vendiendo nuestra patria a los invasores extranjeros, a cambio de las máquinas guerreras de la desolación y de la muerte, pero material que en su día quedará en nuestras manos, en las manos de la razón y de la justicia. Por tanto, nosotros, soldados del Transporte, no debemos regatear nuestro máximo esfuerzo para cooperar lo más eficazmente en ayuda de nuestros camaradas que están día y noche en los parapetos, sin más cobijo que su gran espíritu combativo y su moral revolucionaria y que en su día nos dará un bienestar que hasta ahora no hemos podido conocer, ya que la burguesía cuidó siempre que la enseñanza fuera un coto cerrado para las clases humildes.

Desde otro punto, nuestro trabajo ha de ser siempre superior, ya que los momentos en que se decide nuestra suerte en el gran tablero internacional, y donde Rusia juega un papel importantísimo, han llegado; pero para que la representación que nosotros tenemos allí ostente la máxima autoridad y pueda hablar con la solemnidad que les da el saber que tienen un pueblo detrás, es necesario que nosotros demos de lado nuestros egoísmos, nuestras ambiciones y nuestras diferencias, para que a todos nos anime el mismo ideal: acabar con el fascismo traidor, ganar la guerra y organizar la vida para que España sea rica y feliz y pueda vivir independiente y sin mediatizaciones de ninguna clase. Es de todos sabido, y nuestro fatalismo es una prueba indudable de ello, que todo lo fiamos a la inspiración del momento y nos molesta el juicioso refrán de "hombre prevenido...", pero a fuerza de machacar sobre el mismo tema ya va dejando de ser una realidad aquella historieta famosa que dió la vuelta al mundo y que quiso ser una realidad. Se trataba de tres dibujos. En el primero, en Inglaterra, con motivo de las fiestas de un pueblo, entre otras diversiones había una cucaña, y un inglés ascendía a la punta para recoger el premio; como en algún momento vacilase, los que le miraban, ingleses también, le ponían los hombros para que no cayese y triunfase; era Inglaterra quien triunfaba. En Francia, en idéntico festejo y en idéntica circunstancia, los franceses le animaban con sus gritos y con su entusiasmo. En España "le tiraban de las piernas para que no subiera". Pues bien, esto, que desgraciadamente responde a nuestra psicología, es necesario que desaparezca. Todo el que esté arriba por su capacidad o por su trabajo, es preciso prestarle el máximo apoyo y no ponerle obstáculos de ningún género, ya que el acierto y el triunfo de uno es el triunfo de todos, y muchos triunfos individuales es el de todos, condensados en una palabra final: ¡VICTORIA!, que es casi nombre de mujer, y como tal, veleta e inconstante, y hay que cuidar mucho de ella para que no se nos escape.

¡En nuestras manos, obreros del Transporte, está el no dejarla escapar!

¡Lealtad, obediencia, disciplina, buenos mandos y un deseo ferviente, ciego, tenaz, de vencer! Nada más que esto os pedimos, pero nada menos.

Ayuntamiento de Madrid

ALGO SOBRE EL TRANSPORTE

II

Pero llegó la hora en que por necesidades de la guerra y motivos de la creación de nuestro Ejército Regular, de militarizar el Transporte; se creó para ello una Dirección general de Transportes, y dependiente de ella su organismo ejecutor, el Servicio de Tren del Ejército, y llegamos a la actualidad, a estos días con pleno funcionamiento de esta Dirección, la cual, en pocos meses, ha organizado unos Batallones de Transporte y ha realizado una labor meritoria y fructífera; pero conforme la guerra se incrementa y toma de día en día más aspecto de guerra de independencia, de liberación de nuestro suelo patrio, y los que recorremos nuestras carreteras y poblaciones nos damos perfecta cuenta de cómo están todos los problemas que se refieren al transporte mecánico, ayudaremos a exponer algo que redunde en beneficio de nuestro Ejército, que ya es potente y fuerte, y a este Ejército, compuesto por miles de hombres y miles de toneladas de material, tenemos que dotarlo de la movilidad precisa y necesaria para que pueda competir a cada instante con la movilidad del enemigo, y así vayamos a motorizar este Ejército, a mecanizarle, de tal modo, que nuestros combatientes tengan aseguradas todas sus necesidades y servicios.

Componen la oficialidad, clases y conductores del Servicio de Tren del Ejército, unos hombres procedentes de sus organizaciones obreras, que haciendo un esfuerzo de capacidad luchan porque todos los servicios a ellos encomendados salgan airosos y con acierto de cumplimentación en todos los órdenes. Pero estos hombres necesitan pasar por la E. A. del Ejército para capacitarles técnicamente, y para ello se ha dispuesto recientemente por el Ministerio de Defensa Nacional, el que estos oficiales cursen cierto número de días en la E. A. para salir de ella con el tecnicismo preciso y necesario para ser más útiles de este modo a los intereses de la guerra. Hora es ya de que a estos hombres se les forme un escalafón, y para ello, con la puntuación que en sus trabajos técnicos obtengan, formar dicho escalafón y encuadrarlos a todos en un Cuerpo, transformando sólo la palabra "Servicio" por "Cuerpo", y póngase en vigor el Cuerpo de Tren del Ejército, y al frente de él a un hombre desligado de todo partidismo político y que sólo haga motorizar y que todos los servicios se cumplan como ordena el Mando; pero esto que tanto se ha puesto en boca de todos, y que tanto se ha exigido y pedido, y esto precisamente es lo que necesita el Transporte; un único Mando que sepa, desligado de toda política, dotar a nuestro Ejército de un Cuerpo Motorizado y saber hacer comprender, a oficiales, clases y tropa, que bajo un emblema, un Cuerpo, existe la unidad, existe el motor mecánico de que es digno nuestro Ejército. Y esta jefatura suprema, que debe estar afecta al Estado Mayor Central del Ejército de Tierra, junto a ella un representante (jefe u oficial) de los organismos auxiliares al Tren del Ejército, que tendrían cierta autonomía como organismos auxiliares, tales son: la E. A. del Ejército, el Parque Automovilista del Ejército, el Regimiento de Etapas y el Regimiento de Caminos.

De esta forma, expuesta con la mayor sencillez, creo que el Transporte militar tendría pleno funcionamiento, verdadero acierto y solución definitiva, con Mando único, disciplina férrea y cariño a un emblema y a un Cuerpo. Que todos comprendan y lleven dentro de sus conciencias y cerebros que la motorización de los Ejércitos hoy día, que el motor mecánico es tan necesario en el Ejército como son sus ametralladoras y cañones.

COMPANIS

Hoy día nuestros ingenieros de Caminos se ocupan de que nuestras carreteras estén perfectamente atendidas.

CAMARADAS DEL TRANSPORTE

Me dirijo a todos los compañeros que están aportando sus esfuerzos y dando su sangre en beneficio de la libertad y de la justicia; a vosotros, los camaradas del Cuerpo de Tren del Transporte, obreros del volante, que habéis tenido un contacto directo, en algunos casos aparentemente familiar, y habéis llegado incluso a granjearos la confianza de esos burgueses a que habéis servido.

Pero, compañeros, ¿qué clase de confianza, qué clase de familiaridad os habéis creado, sino la misma que se crea el caballo que tiene en la cuadra, la misma que tiene el perrito «lulú» de la señorita? Os habéis puesto a estas alturas porque cuando un burgués ha depositado la confianza plena en un obrero que tiene a su servicio, este obrero ha tenido que olvidarse de su calidad de obrero y ponerse ante la vista de este burgués, no como tal obrero, sino como un esclavo que ha perdido toda su dignidad, toda su sensibilidad; como persona se ha sometido incondicionalmente, en el aspecto moral y material, a los caprichos de este burgués. Entonces, cuando este burgués se ha convencido de esto plenamente, es cuando os habéis granjeado su simpatía, y entonces ha sido cuando os ha dado sus sobras, cuando ellos se han convencido de que sois el esclavo que ellos necesitan; entonces, en los momentos difíciles, habéis recurrido a este burgués; esos momentos en que ha tenido que intervenir la justicia, eso que ellos llamaban justicia, que no era ni más ni menos que un sistema coactivo al servicio de la burguesía; entonces, si no llevabais la tarjeta de este zángano, que se le llamaba «el señorito», toda la razón que vosotros teníais era nula; para tener razón ante los jueces sometidos incondicionalmente a la burguesía antes teníais que ir a arrastraros y a lamer las manos de ese zángano.

Compañeros, esto que os digo lo he podido yo tocar de cerca; he visto, cuando nacido el engendro del zángano, que, a medida que el niño ha ido creciendo, sus padres, esos padres que alardean de la buena educación de sus niños, nos han presentado ante ellos como seres inferiores; les han enseñado esa escuela de vasallaje hacia nosotros, nos han puesto ante ellos en calidad de esclavos.

Compañeros del Volante: para terminar con todas estas injusticias tenemos nosotros en la mano un arma más potente que las ametralladoras, que es el Transporte de Guerra. Nosotros, por el bien nuestro y de nuestros hijos, por el amor a nuestra familia, debemos aportar a este servicio todos nuestros esfuerzos y todos los sacrificios, para que esta arma, que era precisamente la que ellos utilizaban para sus comodidades y placeres, sea la que coopere con toda la plenitud de su eficacia para exterminar esa partida de zánganos de la colmena obrera y esa canalla dorada que representaba la antigua burguesía española.

¡Salud y República!

Juan PAREDES
Delegado.

DI QUIEN ERES, CAMARADA

Estos escritos que los compañeros escriben en la Prensa de Guerra tienen varias apreciaciones, por las cuales se llega a conocer de una forma casi concreta las virtudes, sentimientos, cultura y animosidad que cada uno tiene para la lucha, y que al no ser por medio de su pluma sería tan anónima como lo fué en los tiempos pasados y que tratamos no vuelvan a resurgir.

En España, excepto algunas localidades, en las que el dinamismo, idiosincrasia y afán por atesorar, esclavizándose en los trabajos de una forma sosa y absurda; en otros sitios, donde no ha existido nada de esto, los caracteres han sido presumidos y aspirantes a la gloria personal, donde han tratado (fallando muchas veces) de adquirir nombre, tal como en actividades deportivas, tauromaquia, cante flamenco, y algunos, muy escasos, en el séptimo arte y en el teatro. Pero ¿cuántos han tratado, poniendo todos los medios que tenían a su alcance, de adquirir nombre y gloria por medio de la pluma? Pocos, muy pocos; unos, porque no pudieron adquirir los conocimientos necesarios, y otros, porque no han tenido la voluntad y el sacrificio necesario para tratar, y, al mismo tiempo de adquirir cultura, enseñársela a los demás, transformándola con su crítica noble y sana o ampliándola con su propia inteligencia.

Ahora, camaradas, tenemos todos una probabilidad de poder demostrar lo que sabemos y la capacidad que nuestro cerebro acumula, no precisamente para nuestra misión profesional, sino para algo más que, si no lo demostramos por medio de la pluma, dándonos a conocer, seguiremos en la oscuridad que antes nos tenían sumidos la tiranía y el egoísmo del que aprendía por medio de matrículas costosísimas y dominarnos así por su dinero y por su superioridad académica, que si en algunos casos no la podían adquirir por propia inteligencia, la adquirían por influencia, aunque no sirvieran, científicamente, nada más que para figurar en sociedad.

Camaradas, ese es el pasado. El presente y futuro nos ofrece otro horizonte; aprovecharlo; no tener miedo, estudiar y escribir, publicar vuestros conocimientos en las letras, que si vosotros creéis que no sois capaces para más que la misión profesional en la defensa de nuestra causa no lo podéis asegurar, y, por lo tanto, hacéis mal en no daros a conocer. Todos somos necesarios y tenemos que decir quiénes somos, para que quien lo entienda nos descubra y nos acople donde podamos ser más útiles a la causa.

No temer la crítica de vuestros escritos, camaradas, que el nuestro puede estar equivocado. Escribir y hacer oídos sordos al ignorante, envidioso y vago que presuma de saber, que por lo regular siempre es el que menos sabe y el que más critica la noble actitud del compañero.

PABLO COSME

TRANSPORTE EN GUERRA

Redacción:
Nicolás M.ª Rivero, 3
Teléfono 44011
Donde deberá dirigirse la colaboración.

Ayuntamiento de Madrid

COMO SE SIRVE A LA GUERRA

En el número pasado de nuestra Revista señalaba el compañero Pampliega, de una manera clara y sencilla, las condiciones en que tienen que efectuar sus trabajos los conductores del Servicio de Tren.

Es de esperar que nuestros mandos, después de los razonamientos de nuestro camarada, habrán dado las órdenes oportunas, tendentes a corregir las deficiencias señaladas.

No es mi propósito comentar en este trabajo el artículo del amigo Pampliega, sino hacer resaltar su labor positiva de obrero consciente y revolucionario.

Para ello voy a transcribir una crónica publicada en *Claridad*, donde se refleja la actuación de Pampliega como revolucionario, dice así:

"Llegó días pasados a Madrid un gran convoy de camiones conduciendo azúcar. Era ya de noche. En el almacén donde debía realizarse la descarga no estaban más que los vigilantes. Los camiones, en hileras interminables, fueron colocándose a un lado y otro de la vía pública. El camarada Pampliega, buen chofer y honrado revolucionario, conducía uno de los vehículos. Reflexionó rápidamente sobre la situación. Cincuenta camiones que pierden doce horas en un viaje, suponen un retraso importante para el abastecimiento de Madrid y de los frentes. Un día sin azúcar representa un vejamen para la población. La aviación enemiga puede aparecer sobre Madrid y descubrir objetivo tan codiciado como son los vehículos de transporte y el almacén de víveres. "Esto no puede ser"—se dijo a sí mismo—. Saltó del baquet, cogió el teléfono, despertó a los unos, importunó a los otros, gritó, exigió, convenció. En una palabra: sacudió la modorra de quienes siguen empeñados en no salirse de su tranquillo, de sus rutinas y de su egoísmo miope. Actuó como revolucionario y luchador antifascista consciente.

Los camiones se descargaron aquella misma noche. Hubo que habilitar otros almacenes; se recurrió a la disciplina militar para disponer de brazos; se actuó como se debe en la guerra: expeditivamente y enérgicamente. Gracias a un obrero de base del Transporte.

Aprendan los burócratas de toda laya que nos están saliendo. Mírense en ese espejo los "revolucionarios" que rinden menos que cuando los vigilaban capataces al servicio del burgués.

La revolución se hace a fuerza de sacrificios. La guerra se gana siguiendo todos el ejemplo del camarada Pampliega. Si hay que zarandear a las gentes, se las zarandea; si hay que sufrir, se sufre; si es preciso sacrificarse, se hace el sacrificio.

En la guerra, como en la guerra."

Aquí nos marca Pampliega, con su conducta, una línea a seguir a todos los compañeros del Servicio de Tren. En la seguridad, que de seguir su ejemplo, podremos, algún día no lejano, decir muy alto, que los soldados del Transporte supieron cumplir con su deber en momentos en que era necesario el sacrificio para salir triunfantes sobre el fascismo nacional e invasor.

¡Soldados del Transporte, a seguir el ejemplo del compañero Pampliega hasta conseguir el triunfo!

A. DOMINGUEZ

NUESTRA ENSEÑANZA

Es indiscutible que la instrucción es la base fundamental de la felicidad y el progreso de los pueblos. Por ello, la enseñanza ha de ser obligatoria, para que la dejadez innata en el hombre no sea la causa de que cuando se quiera acudir a atajar una ignorancia, que pudiéramos llamar crónica, no haya remedio.

Ahora bien, la obligatoriedad de la enseñanza, a mi juicio, sólo podemos emplearla en nuestros niños, hombres del mañana, y hacerlo de forma que cuando ellos vayan laborando los nuevos horizontes del mundo, no tengan que avergonzarse de nosotros.

Por esto la enseñanza ha de ser extensa e intensa y abarcar, tanto el campo deportivo, pues hemos de dar a la cultura física la enorme importancia que tiene en la salud y felicidad de los pueblos, como el de los campos técnico y teórico. Pero lo conseguiremos siempre que los maestros, desgajando ñoñerías y chocheces, ataquen los problemas científicos, sociales, técnicos y literarios desde el punto de vista práctico, haciendo comprender e inculcando en las inteligencias infantiles el extracto de toda su capacidad para ir estudiando poco a poco la marcha cultural del infante, que nos ha de dar la pauta para encauzarle por la senda donde sus conocimientos, en constante progresión, hagan de él un hombre digno, orgulloso de ser práctico y optimista, pues sabe al límite a que su capacidad era suceptible de llegar.

Esta enseñanza se comprende que ha de ser larga y laboriosa, pues el maestro ha de trabajar incansablemente. Para facilitar la obra de gigantes de una vasta cultura popular, es necesario que los profesores, sanos físicamente, en que cada hombre inactivo en la retaguardia es un enemigo o una ventaja más para el enemigo, me es incomprensible el que se enseñe a los soldados en unos estudios inútiles, de viejos procedimientos ya inservibles y en completa oposición con los momentos actuales, que nos demuestran que sí, que nosotros, los conductores, debemos aprender, pero no niñerías inútiles para la guerra, sino la enseñanza más práctica, sustancial y conveniente para acercar la hora del triunfo definitivo.

ANTONIO AUÑON

PROPAGANDA AL CAMPO FACCIOSO

Hermanos del otro campo,
trabajadores de España:
pasarse aquí con nosotros
para echar a esa canalla.

Que arruina nuestros campos
y a vosotros amedrenta
para luego la riqueza
sacarla fuera de España.

Ni un minuto estéis con ellos,
pasarse aquí con nosotros
y todos juntos luchemos
por el bien común de todos.

Que aquí está la democracia
y es la verdadera España,
y no la que ellos pregonan
con mentiras y patrañas.

La guerra civil que era
no existe ya, camaradas,
pues con tropas extranjeras
están invadiendo España.

Vosotros sois españoles
y la sangre siempre manda;
pasarse aquí con nosotros,
que nadie nos amedrenta.

Y cuando ya los venzamos
seremos ricos y fuertes,
y será una España próspera
sin ruines ni burgueses.

No nos robarán ya más
riquezas de nuestro suelo,
pues serán del que trabaje,
y como trabajamos, es nuestro.

No luchéis contra nosotros,
que todos somos hermanos;
pasarse y así veréis
que aquí no os engañamos.

Ni Hitler ni Mussolini,
ni Franco ni los demás,
ni ningún traidor de ellos
(lo nuestro, nuestro será).

No aguardéis más, camaradas,
y abandonar el fusil
y pasarse con nosotros,
aunque haya que morir.

Que moriremos con gusto
por echar a esa canalla
que se lleva la riqueza
de nuestra querida España.

FRANCISCO SEGOVIA
1.er Batallón, 3.ª Compañía.

Trabajo de Comisarios de Compañía

La tarea de los comisarios de Compañía es una tarea delicada, difícil y de gran responsabilidad; por varias razones, una incomprensión de la mayor parte de los mandos, que no quieren var la labor tan humana que desarrollan.

Y también en los soldados, creyendo que todas las cuestiones las tiene que resolver el comisario, sin comprender que para que la actuación del comisario sea lucida tienen ellos que cumplir y superarse en el trabajo y la disciplina.

Todos, absolutamente todos tenemos la obligación de prestar nuestra colaboración, inteligencia y esfuerzo para dar fin a esta gran obra, obra de gigantes, y que es la transformación de nuestro glorioso Ejército, y como tal no hay que regatearle nada; hay que darlo todo, porque él será el que nos conduzca a la victoria final, y para que sea grande y fuerte hay que robustecerle de disciplina, hay que darles autoridad a los que la dirigen y, por lo tanto, un respeto, que es el que deseamos para nosotros mismos.

Todos los mandos que tiene hoy nuestro Ejército son del pueblo, los hemos elegido nosotros, son nuestros hermanos de ideal, y como tal hay que respetarlos. El comisario es el colaborador más directo del Mando, es el responsable de que la disciplina no se relaje; tiene la obligación de intervenir en todas las cuestiones tanto morales como materiales (menos la parte técnica), en todo lo que se relacione a cultura, capacitación, por medio de conferencias, charlas, periódicos murales, cuadros artísticos, etc., etc.

Tiene que formar la conciencia política y social del soldado para que no sea lo que fué antes: una máquina, un autómata; decirles sus derechos y también sus deberes.

En muchos casos algunos camaradas ignoran o se olvidan de su condición de soldados, y como tales han de obedecer, sin discutir a sus superiores en grado.

Cuando una orden de éstos la crean injusta, deben exponer sus razones al comisario, para que éste, con el Mando, pueda oponer los reparos, si los hubiera.

Quienes, por desconocimiento, traten de restar eficacia a los comisarios, no comprenden una palabra de lo que nuestro Ejército significa en la guerra que vivimos y en la revolución que se desarrolla.

Luis SERRANO
Auxiliar administrativo del 1.er Batallón.

Nuestros hermanos nos ayudan

Dos Estados vibran con nosotros, sienten nuestra causa y nos ayudan.

Los obreros de Méjico y de la U. R. S. S., no sólo nos envían su ayuda moral (que sólo suelen ser palabras), como hacen otros países, sino que su esfuerzo se traduce también en alimentos para nuestros hijos, nuestros padres y hermanos, y en el material que en esta guerra de invasión necesitamos.

Nosotros, los proletarios de España, los que luchamos contra el fascismo invasor, debemos hacer honor a esta ayuda desinteresada. ¿Cómo? Demostrando a los obreros de estos países hermanos, que antes que nada, y por encima de todo, somos antifascistas; no entreteniendo tiempo ni material si no es para ganar la guerra; y sobre todo, que el material que de ellos recibimos le demos su verdadero destino, que es para dar la batalla al invasor y ganar la guerra.

Creo que entre los *obreros* no habrá ninguno, y si ha habido alguno que haya dicho o crea que los obreros de Méjico y de la U. R. S. S. se cobrarán en alguna forma su ayuda, es porque estos "obreros" no habrán sufrido la lucha de clases, y claro es que aún sienten los prejuicios burgueses en los que han vivido y se han arrastrado.

Estos países son países *obreros* y no tienen en absoluto intereses imperialistas, y Rusia es el país cumbre de la revolución y del antifascismo mundial. El triunfo de nuestro pueblo significaría una gran derrota para el fascismo alemán e italiano. Este es el único interés de estos países, y precisamente por eso nos ayudan por todos los medios y en todas las formas posibles, y esta ayuda es la ayuda desinteresada de un pueblo hermano a otro.

Quedamos agradecidos a ella. Nosotros tenemos que aprovechar en lo que cabe las contradicciones entre unos y otros países capitalistas, pero lo que sabemos firmemente es que nosotros no estamos solos: contamos con la ayuda grande y magnífica y la solidaridad del fraternal pueblo ruso.

Con esta ayuda tan poderosa y generosa nosotros ganaremos la guerra y construiremos la nueva España, próspera y feliz.

BERNARDO GARCIA

Ayuntamiento de Madrid

El enemigo busca con ansia conocer cuáles son nuestras fortificaciones y el número de fuerzas que hay en cada sector. No te hagas cómplice dando noticias que perjudiquen a nuestra causa. ¡Silencia siempre cualquier tema de la guerra, el espía te escucha!

Para conseguir la verdadera unidad

¿Cuántas veces hemos oído y visto escrita la palabra unidad antifascista, entendida como necesidad ineludible para conseguir nuestra victoria? De tantas, no sabemos cuántas. ¿Se ha conseguido prácticamente algo? Muy poco. ¿Por qué? Por la deslealtad de expresión, unas veces; otras, por verdadera incomprensión de la expresión cuando ésta es leal.

Esto no puede prolongarse mucho tiempo, si de veras deseamos triunfar todos juntos sobre el fascismo; si todos lo entendemos necesario, ¿a qué vienen ciertas polémicas que van precisamente en su contra? ¿Por qué han de tratarse entre sí sectores importantes, antifascistas de siempre, como si lo hicieran contra enemigos fascistas? Para colaborar lealmente unidos es preciso que un sector no vea en otro a su enemigo; ¿entiende cualquier sector que sin conseguir que acepten los demás sus teorías no puede verificarse la unidad? Peligroso error si es así; un libertario que quiera colaborar con un comunista o socialista o republicano, o viceversa, jamás conseguirá convencer que sus teorías son las más practicables, pues de no ser así dejarían de serlo, para pasar a ser un adepto más del bando que consiguiera convencer; pues si queda desechado por demostrado este procedimiento para unificarse, cabe entonces tomar por base otras formas que permitan la admisión de todos los sectores. No vayamos a pretender convencernos unos a otros, y menos en estos momentos históricos, demasiado críticos, y busquemos, en cambio, todos aquellos puntos de conexión posible.

Yo entiendo la unidad de acción antifascista por una reunión de las fuerzas de todos los sectores que colaboran en todos los sentidos y con plena responsabilidad.

En mi Batallón, en el departamento de Mayoría, hay una verdadera compenetración del Mando y los soldados; sin embargo, existen colaboradores de las más diversas concepciones políticas, y así somos todos compañeros fraternales, coincidiendo en la casi totalidad de los casos en las medidas de organización más convenientes que hemos de tomar para resolver los pequeños problemas que se plantean, resultando siempre que la determinación que se adopta es la más beneficiosa. ¿De qué sector proviene este beneficio a la causa, de éste o de aquél? De ninguno; es, sencillamente, de la verdadera unidad de acción, lealmente interpretada y llevada a cabo, porque unidad de acción no es la palabra, sino el hecho.

¡¡Antifascistas de todas las tendencias!! Rectifiquemos noblemente los procedimientos para ser dignos de la victoria indiscutible del pueblo español, grande y generoso.

GEBUSTAM

Por nuestra Patria. - Por nuestra Independencia
¡LUCHEMOS! ¡LUCHEMOS!

Más de un año de guerra nos ha servido para comprobar al mismo tiempo que la indomable bravura de nuestro pueblo, su decisión inquebrantable de seguir luchando hasta aniquilar totalmente a nuestros enemigos y liberar a nuestra querida España del yugo que los fascistas querían y quieren imponerle para tenerla sujeta a los designios miserables de la Italia negra de Mussolini y de la pervertida y criminal Alemania del gran fantoche Hitler. Después de este largo período de guerra contra los invasores, nuestro pueblo no siente ni el menor asomo de cansancio. Hoy nuestro Ejército popular tiene sus fuerzas tan briosas y sus entusiasmos tan fuertes como en los primeros días que las Milicias voluntarias inundaban la Sierra y conquistaban a pecho descubierto los reductos y fortalezas de los sublevados fascistas. Hoy, como en el 19 de julio, todo el pueblo antifascista español se siente orgulloso de que la traición de los militares del ejército antiguo lo haya puesto en trance de tener que combatir por nuestras libertades y aplastar a la reacción y al capitalismo explotador y usurero para ayudar también a liberarse todo el mundo de los trabajadores que hoy sigue esclavizado por los imperios fascistas. Todo el pueblo español se llena de honra por tener en su haber un Madrid ya legendario e invencible, y las victorias de Guadalajara, Brunete y Aragón, porque son epopeyas que centuplican nuestras ansias de emancipación y de progreso y nos señalan la manera más contundente de exterminar al enemigo.

Crecen nuestros entusiasmos día a día. Y crece también nuestra organización militar y nuestra disciplina de guerra para hacer morder el polvo a los asesinos que tenemos enfrente, en la menor cantidad de tiempo posible. Y vemos como un hecho alentador que al paso de la lucha se va haciendo la revolución social en nuestro suelo patrio. Ya no es de los «amos» la riqueza. Ya la propiedad está repartida o nacionalizada y los trabajadores del campo o de la industria no tienen «dueños» que les roban el sudor de su frente o se comen el fruto mejor de sus diarios afanes. A pesar de los inconvenientes de la guerra, el pueblo obrero español ha mejorado considerablemente, porque al menos ya hay unas leyes comunes que a todos nos igualan en los derechos y en sacrificio. Ya el trabajador es poseedor de una completa y consciente libertad que lo pone en condiciones de regir mañana su existencia sin tener que estar doblegado a ninguna clase de tiranías. España ya es un país liberal y proletario y se terminó para el obrero el tener que aguantar como el mayor de los martirios la presencia repugnante y los mandatos llenos de encono de la burguesía y del caciquismo. El fascismo internacional, que ambicionaba apoderarse de las muchas riquezas naturales de nuestra querida Patria, organizó el levantamiento militarista que comenzó hace catorce meses y que ha constituído en los anales de la Historia del Mundo la más ruin traición y la más miserable deslealtad que haya podido conocerse. Traición que, para mayor repugnancia, se ha disfrazado con unos tintes de «nacionalismo», que podrá ser portugués, italiano, africano, alemán o asiático, pero que no tiene nada de español indudablemente. Italia, Portugal y Alemania han invadido nuestro suelo patrio. Invasión que hasta aquí ha sido más disimulada y subterránea, pero que ya se ha levantado descarada y provocadora ante las demás naciones, que miran asombradas y cobardes cómo esos dictadores asesinos matan a nuestros familiares indefensos para robarnos después todo lo bueno que da nuestra tierra a costa de innumerables sudores y sacrificios proletarios. Los periódicos italianos han declarado cínicamente que Santander ha sido cogido principalmente por las fuerzas regulares que Italia ha mandado al traidor Franco para llevar a cabo la mayor de las infamias. Nadie, pues, a la vista de tales publicaciones podrá dudar ni un instante más que estamos sosteniendo una verdadera guerra de invasión contra esas tres potencias del crimen que se quieren adueñar del Universo, después de haber provocado en otros países, como en el nuestro han hecho, guerras parciales con todas sus consecuencias dolorosas y daños incontables, tengan como final la monstruosidad mayor que se ha conocido en los anales del mundo, o sea la mayor y más destructora de todas las guerras. Eso y no otra cosa pretendían los fascistas al fomentar y continuar esta guerra injusta y cruel contra la verdadera, la legítima España. Esto es tan evidente, que a todos los buenos españoles nos pone en el caso indudable de luchar heroicamente, y luchar sin tregua ni descanso hasta ver completamente limpia de invasores nuestra Patria, ensangrentada por el crimen de la bestia fascista, y así evitaremos que los demás pueblos hermanos sufran ellos también el mismo experimento por culpa de esos viles asesinos de naciones democráticas. Hay en nuestro pasado otras guerras civiles en las que intervinieron activamente naciones extranjeras. La guerra de Sucesión, por ejemplo, que durante siete años ensangrentó a España. Pero ocurría entonces, como también ocurrió un siglo antes, que la mitad de los españoles defendían un rey contra otro que la mitad apoyaba. No era, pues, como hoy, una lucha por nuestra independencia, sino una pugna por instaurar dinastías monárquicas diferentes. Dinastías extranjeras, por añadidura. Ni eran españoles los Borbones ni los Austrias. Entonces pelearon por un monarca contra otro monarca, y, en definitiva, al final de aquella guerra volvían a dejar a nuestro país sumido en la más abyecta de las humillaciones sociales.

Hoy, no. Ahora, los españoles que lo somos de verdad, los que llevamos dentro de nosotros el verdadero amor a nuestras glorias patrias, a nuestros productos nacionales, a nuestros ingenios, a nuestros famosos monumentos, a nuestra ejemplar Historia, combatimos y seguiremos combatiendo sin descanso hasta ver a nuestra Patria completamente libre e independiente, para administrarnos después en un régimen compuesto de trabajadores libres y cultos que gobernarán a España democráticamente. En esta guerra se liquidarán para siempre las tiranías humillantes que nuestros solares patrios aguantaron en todos los tiempos de su Historia para su ruina y descrédito. Aquí se acaba la vida de la burguesía dominante y parasitaria para no volver a soportar sobre nuestros hombros de trabajadores ni la esclavitud del capitalismo interior ni yugos extranjeros ni cadenas extrañas. Después de nuestra victoria no volveremos a sufrir las epidemias de los militares profesionales y déspotas, eterno vivero de asesinos de hijos del pueblo y cada vez más renegados y traidores. Por eso, todos los españoles que aún lo sean de verdad tienen que estar con nosotros, los antifascistas, hasta sucumbir o ser vencedores. No ya sólo los que al principio de la sublevación vienen peleando briosamente a nuestro lado; también los que, sin sospechar antes el alcance y la maldad del movimiento rebelde o completamente engañados acerca de sus fines, se pusieron en una actitud expectante, sin decidirse a intervenir activamente en la campaña de liberación que se está desarrollando. Todos unos en nuestra retaguardia. A la vista de los acontecimientos, en nuestro campo no puede haber ni un solo brazo que no empuñe con todo entusiasmo y lleno de los mayores fervores patrióticos un arma para combatir en los frentes, o un instrumento de trabajo para laborar por nuestro triunfo definitivo contra los extranjeros y renegados que tenemos en las trincheras contrarias. Es España misma, como depositaria de su pasado y de su porvenir, con sus proyectos de progreso y redención, con sus eternos afanes de independencia, que no quiere verse ni mancillada ni vencida, quien nos está pidiendo a todos los buenos españoles que peleemos avanzando siempre, hasta conseguir la última victoria. Es la libertad y la nueva estructura económica y política que habrá de encumbrarla después de la guerra quien también nos llama a la liza contra los invasores. Y ante esa petición y esa llamada patriótica, verdaderamente patriótica, no puede haber quien, sintiéndose español, quiera laborar directa o indirectamente a favor del enemigo. El enemigo que allí donde pone su planta de fiera cainita destruye la familia obrera, tapa con sangre la paz y oculta con cieno la civilización y el progreso colectivo; vende nuestras minas, nuestros inventos y nuestras riquezas a naciones imperialistas y deshace nuestra integridad geográfica maravillosa y única para darlo a los piratas alemanes e italianos a cambio de hombres pervertidos que deshonran nuestro país, y de artefactos de guerra que nos ametrallan la patria y la destruyan. ¡Soldados del Transporte! Los patriotas, los hombres libres, los que aman a su tierra española, los que ambicionan para ella las mayores venturas y los días más felices, los que quieren paz, pan y cultura, ¡en pie! ¡Cada día más firmes para el combate y para la victoria! ¡Es por nuestra patria, es por nuestro bienestar, es por nuestra independencia! ¡Luchemos! Luchemos, valientes, contra los fascistas del mundo y dispuestos a triunfar contra los mayores sacrificios. Venzamos, como otras veces hemos vencido, a esos extranjeros, que ignoran que el hombre español, verdaderamente español, nunca se rinde ni nunca se siente cansado y vencido. ¡Soldados del Transporte! Contra la burguesía cerril y denigrante y contra los tiranos fascistas y malditos, ¡luchemos, camaradas, luchemos sin tregua ni perdón hasta exterminarlos completamente! No es posible consentir ni tolerar que el hierro de nuestras minas nos lo devuelvan convertido en obuses, en metralla, en armas que sirvan para destruir nuestros hogares, matar nuestros hijos y arrasar nuestro suelo; contra estos hechos vandálicos, hemos de olvidar nuestras diferencias ideológicas, nuestras pequeñas vanidades y sacrificar todo lo necesario, y aún más, para que el proletariado español, en quien tiene puesta la vista el mundo entero y celebra como propias nuestras victorias y se duele de nuestras vicisitudes, sirva de guía a esos Estados totalitarios, donde los hombres no son hombres, sino ruedas de una máquina que saltará en pedazos el día que se percaten de que las ruedas-hombres tienen un cerebro para pensar y un corazón para sentir al unísono de sus hermanos proletarios, y que un gesto de rebeldía dará al traste con esos trágicos comediantes que los esclavizan para servir los intereses de los grandes industriales. Acordémonos de nuestras gloriosas gestas, de nuestro espíritu combativo, de nuestros héroes del pueblo, que nunca escatimaron su sangre generosa en defensa de las libertades. Ahí está el caso de Rusia, que viviendo en la esclavitud más odiosa, supo romper las cadenas que la oprimían y poner a un pueblo que era esclavo, en posesión de todas sus libertades y de todos sus derechos.—C. CALZADA, comisario de los B. T. A.

ANTON HA DICHO: *"El pueblo español puede estar bien orgulloso y satisfecho de sus comisarios de guerra. La magnífica, la más importante conquista de nuestro pueblo en armas, a los catorce meses de lucha, es la creación, haciéndole surgir de la nada y en medio de las mayores dificultades, de un Ejército Popular disciplinado, combativo y heroico, que sabe conscientemente por qué lucha y que tiene una fe absoluta en la victoria. Y el comisario de guerra ha sido y es uno de los principales artífices de este Ejército Popular, consciente, disciplinado y heroico. Con justa razón se ha dicho más de una vez que el comisario es el alma del Ejército Popular. Así se paró al enemigo en las puertas de Madrid y en otras partes. Ellos contribuyeron también intensamente a vencer las últimas resistencias para hacer desaparecer las viejas Milicias, a fin de dar paso al Ejército regular popular. Ellos fueron los principales forjadores de la disciplina férrea, consciente; de la confianza, el cariño y el respeto hacia los mandos; del afianzamiento de la moral de ofensiva y de victoria. En una palabra: de una manera incansable, son los portavoces más eficaces del Gobierno del Frente Popular para hacer un Ejército monolítico, capaz, fuerte, disciplinado, consciente y culto, que hoy, combatiendo en las trincheras por la independencia de su patria, sabe crear y preparar a sus hombres para que mañana, después de la victoria, sepan crear también en el trabajo de la sociedad justa, humana y progresiva por la que el pueblo español hoy combate y se desangra."*

¡SI EL TRANSPORTE FALLARA!

En los primeros días del movimiento, cuando apenas contábamos con elementos de ninguna clase para evitar que las tropas sublevadas salieran de los cuarteles en algunas poblaciones y en otras reducirlas, uno de los inconvenientes más difíciles de resolver con que tropezamos fué el transporte, teniendo que recurrir, para trasladar a las primeras milicias que marchaban a la Sierra, Toledo, Talavera y otros puntos de España, a la incautación de camiones de Empresas, particulares y hasta coches de turismo, y aun así el transporte falló.

¿Qué sería hoy si el transporte fallara? Si el transporte fallara cuando nuestros combatientes metidos horas y horas, y a veces días enteros, en los embudos producidos por las granadas de los obuses, abrasados por los rayos del sol, sedientos, mal alimentados, y lo que es peor, faltos de municiones, y, sobre todo, cuando nuestra guerra civil se ha convertido en una guerra de invasión y necesita una mayor movilidad de tropas entre otras muchas cosas que lleva consigo una operación, es evidente que llevaría consigo la pérdida de la guerra; pero no, como el transporte no fallará, porque así lo querrán los que en sus manos está, y porque allí donde nuestros hermanos combatientes necesiten la presencia de nuestros camiones repletos de municiones para seguir la lucha, víveres para alimentarse y camiones cisternas cargados de agua potable para saciar su sed, allí, por mucho peligro que haya y sean múltiples los obstáculos que haya que sortear, allí estarán los heroicos conductores del Glorioso Cuerpo de Tren con sus camiones cargados de todo lo que a nuestros combatientes les haga falta, y la guerra se ganará, pese a todos los reveses y alternativas que la misma lleva consigo, y podremos decir que uno de los factores más principales que nos llevó al triunfo fué el transporte.

Para que así sea, todo nuestro esfuerzo de conductores ha de estar concentrado en observar el mal sonar del motor del coche que se nos entregó, para que éste sea rápidamente reparado y dispongamos de un arma más, que al fin no es otra cosa que eso, un arma; que como al artillero se le entrega un cañón y al fusilero un fusil, a nosotros se nos entregó un coche, con el que nos defendemos de la invasión extranjera.

Adelante, pues, conductores, hasta el total exterminio de las huestes de Hitler y Mussolini, y que nunca se pueda decir que tal o cual operación fracasó porque falló el transporte.

El delegado político,
L. MARTIN

Ayuntamiento de Madrid

LA UNIDAD ES LA VICTORIA

Consecuentemente, de una manera unánime, todos los antifascistas que en estos momentos luchamos contra la barbarie fascista en los campos de batalla, reconocemos, y así coincidimos todos, en que la unión estrecha de los revolucionarios en los momentos históricos que vivimos, significa, en primer término, la base fundamental de la victoria, y como consecuencia de ello, la fraternidad de todos los luchadores que de una manera activa contribuyen a ella.

Pero, a pesar de ello, reconociendo esta necesidad, es lo cierto que hasta el momento presente, cuando la guerra, con insistencia machacona nos exige concretamente una férrea unidad de acción, nosotros, por una diferencia ideológica inapreciable, si serenamente examinamos lo que esta guerra significa para los trabajadores, nos encerramos a veces en discusiones estériles, todas ellas encuadradas en un círculo vicioso que aparentemente producen el efecto de que nos encontramos a larga distancia los unos de los otros. Y esto no debe suceder, camaradas. Queremos una sola central sindical y un sólo partido político de clase.

En cuanto a este último, no hace muchos días, se ha celebrado en Madrid un gran acto preparatorio, en el cual se puso claramente de manifiesto lo absurdo que resulta la existencia de dos partidos políticos completamente afines en su concepción ideológica, ya que el Partido Comunista y Partido Socialista en su contenido revolucionario arrancan doctrinalmente de las teorías sustentadas por Marx y desarrolladas prácticamente por Lenin y Stalin a través de la transformación social operada en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Queremos, pues, el Partido Unico del Proletariado.

Todos sabemos que un solo Partido político, con una dirección firme e inteligente, puede tener una visión clara y justa de la realidad del momento y con plena autoridad acometer los problemas más árduos (que en estos momentos son muchos), e imprimir a la guerra un ritmo acelerado hacia la consecución de aquello que todos anhelamos vivamente: ganarla y ganarla pronto.

Queremos también (como ya decía antes), una sola central sindical, porque todos reconocemos que de esta forma tendrán solución algunos problemas que existen en la retaguardia.

Solamente con una férrea unidad sindical podremos conseguir que la producción se coordine debidamente, que la producción alcance su grado máximo, que la retaguardia, en fin, esté en todo momento a la altura de las circunstancias.

En esta lucha que sostenemos, pese a todos los reveses, la victoria es indiscutiblemente nuestra, camaradas. Pero ¿a qué precio hemos de conseguirla? En la medida de que nosotros unamos nuestros esfuerzos, juntemos nuestras voluntades o identifiquemos nuestros pensamientos, tendremos exactamente reflejada la magnitud del sacrificio.

Por todo ello, porque sabemos exactamente que la unión es la fuerza, es por lo que todos los antifascistas honrados, ante unos momentos tan trascendentales como los que actualmente vivimos, queremos la unidad política y queremos la unidad sindical, porque concretamente reconocemos que la unidad es la victoria.

Julio, 1937. E. AMADOR

¿POR QUE HABLAN LOS DELEGADOS?

Los delegados estamos en la imperiosa necesidad de hablar para que el servicio adquiera su máxima eficacia.

¿Cómo hemos de llegar a la máxima eficacia?

Por dos procedimientos íntimamente relacionados: Uno el técnico; otro el social.

El delegado de Transportes, por la alta misión que realiza y por la responsabilidad adquirida, ha de ser un constante vigilante de la Sección a él encomendada.

Las unidades puestas en marcha han de ser revisadas una por una por el delegado y cada camarada conductor antes de la partida.

Esta labor adquirirá el mayor rendimiento cuando en la Compañía haya una estrecha compenetración social entre el delegado y sus camaradas. Sin compenetración social, sin amor al servicio, sin que cada uno de nosotros nos demos cuenta del momento que vivimos, los servicios no funcionarán todo lo bien que la causa necesita.

Hay otro aspecto de gran valor, que pudiéramos llamarle de táctica.

En la retaguardia tenemos enemigos. La lengua muchas veces nos pierde.

¡Camaradas del Transporte!, no deis a nadie el menor detalle de los servicios efectuados ni los que hayáis de realizar. Una palabra, un punto de referencia que a primera vista parece no tener importancia, la puede tener grandísima, y el enemigo, astuto, aprovecharla.

¡Silencio, camaradas!

Ceferino RAMOS
2.º Batallón, 5.ª Compañía.

El Transporte ha cedido sus soldados más aguerridos para el Servicio de Tanques.

TRABAJAR Y APRENDER

He observado casos (aunque en escasa proporción afortunadamente) de compañeros que no cooperan con el entusiasmo y esfuerzo que debían hacerlo a la labor que nos hemos impuesto en nuestra lucha diaria y continua contra nuestro enemigo el fascismo. Esto, camaradas, no debe existir ni puede continuar bajo ningún pretexto. En primer lugar, porque nuestro trabajo como conductores no es continuo ni agotador, ya que como están constituídas actualmente las Compañías de los Batallones de Transporte Automóvil, tiene cada vehículo dos conductores. Y segundo, porque aunque tuviéramos necesidad de prescindir de ese relevo que ahora tenemos, con unas horas de descanso estaríamos nuevamente dispuestos para acudir adonde fuesen necesarios nuestros servicios, sin réplica alguna y siempre con el mayor entusiasmo.

Pensad en nuestros hermanos que luchan en las trincheras, a los cuales únicamente podremos igualar trabajando cada día más, sin regatear sacrificio alguno, y estando puntualmente y sin pérdida de tiempo donde las necesidades de estos camaradas reclamen nuestra presencia.

Nuestro trabajo debe ser tan intenso, que no debemos perder ni un solo momento que no empleemos en alguna labor útil, tal como cuidar el coche asignado, ayudar en las reparaciones, tanto de su camión como de otro de cualquier compañero. Y cuando todo esto lo tengamos hecho, el tiempo libre lo dedicaremos a aprender. Esta debe ser nuestra obsesión: trabajar y aprender, porque de esta manera, nuestro esfuerzo será doblemente más útil y productivo.

Por lo que yo espero que todos hagan de este consejo una realidad y pronto podamos ver conseguidos nuestros anhelos de Paz, Libertad y Trabajo.

J. HEREZO
Delegado político. 1.ª Cía., 2.º Bón.

Ayuntamiento de Madrid

APUNTES HISTÓRICOS DEL CUERPO DE TREN

La necesidad de los transportes se evidencia en toda época, y esta evidencia ha sido mucho más acentuada cuanto mayores han sido los elementos a transportar, con motivo de los progresos de la civilización.

De ello tenemos ejemplos en los grandes conquistadores de la antiguedad, como Darío y Jerjes, que con tanto interes se preocuparon particularmente de la organizacion de sus propios medios de transporte. Heroodoto nos da una idea de los inmensos convoyes de los ejércitos de Jerjes, cuando evalúa los efectivos de estos ejercitos en más de dos millones de hombres, «necesitando—según dice—para subsistir 53.000 hectolitros de grano por día».

En la época de los griegos, en las expediciones que no se hicieron por mar se les dió a los transportes tal desarrollo, especialmente en lo que respecta a los bagajes que las tropas llevaban consigo, que en algunas ocasiones llegó a ser un verdadero lastre; por esto hay que tener en cuenta lo que a este propósito escribía Dumouriez a fines de 1792 al ministro de la Guerra francés: «Los servicios de transporte son de suma importancia para un ejército, sea cual sea; pero hace falta una precisión y una rapidez imposible de hacerse idea teórica, y hacen falta a la vez grandes medios, una gran voluntad y una gran inteligencia para hacerlo medianamente.»

En la época romana en que se construyeron aquellas vías militares para mantener más fácilmente en la obediencia a las provincias sometidas, así como la organización de los transportes en los grandes siglos de la República, en que se organizaron talleres para la exclusiva reparacion de los carruajes de transporte; en que además se establecieron disposiciones de marcha, fraccionando los convoyes, y hasta incluso se les dotaba de carros-piloto, en los cuales iban oficiales especializados y encargados de la orientación de los convoyes, y en que se seguían casi las mismas normas que en la actualidad para estos movimientos, cuando se hacían aquellas maravillosas marchas por las que se ponía en comunicación Roma con sus ejércitos, y que se iba desde esta capital a Tarragona, distante 1.300 kilómetros, en siete días.

Y sin pasar por otras fases intermedias, veamos lo que hizo Dubois-Grancet, llamado el organizador genial de los ejércitos de la Revolución francesa, con motivo de las gigantescas proporciones que toman los armamentos a partir de 1792, ayudado y apoyado por Dantón y otros, promulgando algunas leyes sobre la requisa de caballos y carros, difícil de aplicar por la resistencia de los campesinos; un decreto mandando establecer cada cuatro leguas enlaces con la cantidad de carros y caballos necesaria, uniendo París a los Ejércitos del Norte; otro ordenando que en cada Ejército hubiera comisarios de Guerra encargados de vigilar especialmente a los contratistas que tan escandalosamente especulaban y que acabaron en el patíbulo juzgados por el Comité de Salud Pública; otro fijando el peso del equipaje de los oficiales en campaña, cuyo máximo era de cincuenta libras por jefe u oficial, y hasta cien libras para el general en jefe; otro, que fué el origen de los Trenes Regimentales, por el cual se agregaba a cada batallón o regimiento cierto número de caballos y carros.

También la Convención publicó el Código de Transportes, a la vez que nombraba veintidós inspectores para este Servicio, que decía particularmente: «El Servicio de Transportes es el alma de un ejército, ya que por sí solo comunica la vida y el movimiento. Es el más necesario al éxito de este ejército y para su conservación. Es un objeto que un comandante de ejército, inteligente administrador, no debe perder de vista ni un momento, ya que el éxito de sus operaciones y, por consiguiente, su honor, depende de éstos casi siempre.»

Se publicaron otros decretos, y todos ellos tendían a la consecución de la militarización y centralización de los transportes, a semejanza de lo que está ocurriendo en nuestra época. No podía ser de otro modo, pues la Revolución francesa tiene muchísimos puntos comunes a la nuestra. Uno de los decretos publicados decía que los caballos pertenecían al Estado y que los conductores fueran soldados; otro, no menos importante, publicado en el año VIII del mes pluvioso prescribía que los caballos destinados al servicio de Artillería pertenecerían a la República; que el conductor encargado de llevar las piezas hasta el lugar del combate efectuaba un servicio tan grande como el tirador de la misma; que, por consiguiente, tenía que ser soldado y tener por módulo el honor.

En 1807 Napoleon creó el Cuerpo de Tren y decidió la formación de diez batallones, poniendo a la cabeza de su nueva creacion a un mayor-inspector, pero puesto bajo la tutela de los comisarios de ejército (intendentes). Algo más tarde reconoció haber cometido un error, y le dio la autonomía, bajo las ordenes de un inspector general.

A este propósito, decía el intendente Odier, eminente escritor de la Restauración: «Faltando una cabeza del Cuerpo, faltando alguien para protegerlo, la organización del Tren no tuvo el éxito que de ella se esperaba; es luego, años más tarde, cuando se ven los grandes servicios llevados a cabo en la ejecucion de una labor dura e ingrata, casi siempre sin gloria.»

Es curioso notar que el tren fué empleado por primera vez en España desde 1802 a 1812.

Durante la Guerra Europea, sobre todo en sus períodos de movimiento, casi siempre se hacían los transportes por divisiones completas, que se trasladaban rápidamente a las inmediaciones de la línea de combate desde puntos muy alejados, tanto para detener fulminantes ofensivas, como para realizar grandes ataques por sorpresa, lo que de otro modo no hubiera podido conseguirse. De todos es conocida la primera actuación importante de esta clase, hecha por el general Gallieni, gobernador de París, movilizando todos los taxis de la capital para lanzar todas las tropas de que disponía sobre los flancos de los ejércitos alemanes en la batalla del Marne. Pasemos por alto la defensa de Verdún en 1916, donde, no ya los transportes de tropas, sino los de toda clase se hicieron por este medio a lo largo de la «Vía Sagrada», por inutilización de todos los ferrocarriles de acceso a la plaza.

En el ataque de los aliados en Mont-Didier en julio de 1918, doce divisiones, de las dieciséis que tomaron parte, fueron transportadas en muy pocas horas al frente de combate. Baste decir que en 1918 el general Foch proyectó la organización de una reserva de 24.000 camiones destinados a movimientos de tropas, que no llegó a completarse por insuficiencia de los ingleses y americanos, los cuales, aunque mejor dotados, no obtenían el debido rendimiento por exceso de especialización, es decir, por la distribución del material entre las distintas unidades que componían estos ejércitos, que impedía la centralización del transporte.

Es interesante hacer notar alguna de las innumerables opiniones que con respecto a la centralización más intransigente, pero justa, da un comandante de Ingenieros en una conferencia para jefes y oficiales de su Arma en noviembre de 1927: «Resulta que no se cumple el principio básico de la unidad de conjunto en los transportes porque nuestros reglamentos establecen que cada Cuerpo se transporte lo que necesite: Artillería, sus municiones; Intendencia, los víveres; Sanidad, los heridos, etc. Y a este fin—sigue diciendo—, en una zona hay que transportar por carretera elementos para el Ejército. Artillería, por ejemplo, tiene que transportar en aquel momento gran cantidad de municiones, y no teniendo camiones bastantes, lo dice al Mando para que otro Cuerpo se los facilite; el Mando ordena a Intendencia que dé un cierto número de carruajes, y ésta contesta que no puede, por tal o cual motivo; el Mando lo pide, por ejemplo, a Ingenieros, y éste los facilita o no, según el exceso de material. Por fin se reúne el número suficiente de camiones, y empieza el transporte...»

Un jefe de Estado Mayor español dice:

«El Servicio automóvil en campaña debe funcionar autónomo dentro del Ejército, sin que se creen unidades para determinados organismos. Hacerlo de otro modo supone la negación de las cualidades que van unidas a su empleo y el desconocimiento que supone en los organizadores el rendimiento útil que de los mismos se puede esperar.»—MIGUEL SALAS, Capitán del Cuerpo de Tren.

A los Camaradas de la 4.ª Compañía, 2.º Batallón

Dedico unos momentos mi atención para elogiar la labor efectuada por los mismos en la lucha, y no menos elogio merece el cumplimiento y la satisfacción con que los camaradas efectúan los servicios que les son asignados; no creo oportuno citar excepciones.

De necesidad ineludible es que todos, absolutamente todos, los camaradas que componen el 2.º B. T. A., imiten, y a ser posible mejoren, esa labor y esos servicios que los camaradas capitán, tenientes y sargentos se ven obligados a mandarnos efectuar.

Muchos de los servicios requieren una urgencia especial, en la que los mandos adoptan la máxima energía, cosa que nosotros no debemos tener en cuenta pues no es el caso de pasar inadvertidas las circunstancias en que nos encontramos.

Y ahora un espacio en nuestro periódico para poner en guardia y activar la atención de los camaradas que componen no solamente el 2.º B. T. A., sino el conjunto del Servicio de Tren del Ejército. Todos los antifascistas de verdad, según el tiempo transcurrido, van distrayéndose, acaso sin darse cuenta; pero no lo creo, y si así lo es, ¡alerta! Que en la mente de cada antifascista encuentre repaso la pereza, la dejadez, la despreocupación de vigilar al enemigo.

Y me despido de mis apreciables camaradas con un "¡hurra!" por nuestro triunfo y un "¡¡salud!!" muy largo y sentido para todos.

A. TOMAS

¡Salud, Camaradas del Volante!

No es más antifascista el que más habla, sino el que con más coraje trabaja para que su coche esté siempre dispuesto para salir a hacer el servicio que ordene el mando.

Camaradas de la 4.ª Compañía del 2.º B. T. A: vuestro delegado os saluda por el buen comportamiento y disciplina que hay adoptado en el mando. Yo, vuestro delegado, os digo, en nombre de nuestro camarada comisario, que siguiendo con esta buena organización y entusiasmo con vuestro trabajo por la causa, podemos servir de estímulo de nuestros compañeros componentes de las demás Compañías de los Batallones del Transporte, que siguiendo las normas de la buena organización y disciplina, podremos decir, camaradas combatientes: Nosotros, los obreros del Transporte, no hemos empuñado el fusil, pero por buena disciplina y fe en el mando, podemos decir que trabajamos sin descanso por nuestra libertad y el triunfo, triunfo que no se hará esperar si todos aportamos nuestro máximo sacrificio en beneficio de la causa, que en días no muy lejanos nos dará trabajo y felicidad.

Cultura y Transporte en Guerra

Llevamos un año de guerra, de guerra cruel, sanguinaria, brutal, promovida por la canalla fascista de señoritos chulos y militares sin honor. Pues bien: desde el momento que empezó, los Gobiernos que ha tenido España, todos, sin distinción unos de otros, se han esforzado en que los soldados del pueblo, el verdadero Ejército popular, y nosotros, los camaradas del Transporte, adquiramos una mayor cultura que la que teníamos, que, por desgracia para nosotros, era bien escasa. Claro que la culpa de todo esto la tienen los Gobiernos de antes, que no les interesaba que los trabajadores se hallasen con la inteligencia despierta, pues así nos manejaban a su antojo, y la verdad es que es más fácil manejar a un tonto que a un listo. Dado que podemos dejar de ser esclavos, ya que tenemos muchos maestros que los Gobiernos actuales ponen para educarnos, no veo el motivo para no recibir con verdadero deseo la enseñanza que nos ofrecen.

¿Es que queremos morir igual que hemos nacido? Pues si es así, no vale la pena de que nadie se moleste por nosotros.—ANTONIO RUIZ.

Ayuntamiento de Madrid

AYUDEMOS A LOS CABOS Y SARGENTOS

Es necesario que todos nos demos cuenta de la misión tan importante que juegan en nuestros Batallones los cabos y sargentos. Su labor es digna de todo elogio, porque ellos son los que más directamente están en contacto con nosotros, y son los que al recibir las órdenes de los superiores son también los que nos hacen cumplirlas.

Su misión es importantísima en el convoy, porque ha de ser el que ha de procurar el abastecimiento de combustible y además la intendencia para los compañeros; el que ha de cuidar si un coche se avería en la carretera, la forma más viable para que cuanto antes llegue a su destino.

Tanto el sargento como el cabo, son verdaderos proletarios, salidos de las mejores fuentes de los sindicatos; luchadores avezados, que saben de amarguras y sinsabores padecidos en el transcurso de esta guerra que roe lo mejor de nuestra querida España, pero que pronto empezará a cosechar los laureles del triunfo final.

Es preciso que todos los soldados les prestemos nuestra ayuda desinteresada por ser con los que más convivimos, no discutiendo sus órdenes, sino acatándolas, por ser nuestros valedores más queridos. Que les demos toda la autoridad a que son acreedores y que estemos hermanados con ellos como verdaderos compañeros.

Es preciso que se les quiera como a nuestros más queridos jefes del Ejército Popular, y que ellos, en su afán de capacitación, tanto los cabos como los sargentos, no decaigan y estudien para que las misiones encargadas por los Mandos las realicen con un verdadero sentido de la responsabilidad.

Por eso, como os digo al principio, quererles, estimarles y fundirse con ellos, por ser los que más saben de nuestras alegrías y pesadumbres.

DONATO ESCRIBANO

ACATAMIENTO Y OBEDIENCIA A LOS MANDOS

Camaradas: Es sin duda una de las primeras palabras que salen a la luz, de este vuestro camarada, para exponeros cuál es el pensamiento que me lleva a hacer tal exposición.

Acatamiento. Lo considero como una de las partes más esenciales que todos tenemos el derecho de realizar, para no sólo ganar la guerra lo más pronto posible, sino al mismo tiempo ayudar a nuestro Gobierno del Frente Popular a desenvolver, lo que es más difícil que nosotros creemos: ordenar, organizar y mandar a un pueblo, que en muchas ocasiones nos ha dado motivos para comprender que por falta de cultura, no ha llegado a lo que su pensamiento pudiera desenvolver, debido a su oscurantismo.

Pero nosotros, ya encarnados en lo que es la guerra; nosotros, que nos es lo mismo vivir que no, por defender lo que es nuestro; yo, camarada antiguo, no por la edad, sino por mi pensamiento, os invito a que según hasta la fecha vamos realizando nuestros deberes para con nuestro acatamiento al Gobierno del Frente Popular, continuemos trabajando para que nuestra labor sea más amplia, y que sepan que el único modo de ganar la guerra, bien y pronto, está en la obediencia al Mando.

Obediencia. Es similar al acatamiento, con una sola diferencia, y es que acatar lo hace cualquiera, sea por temor o porque le convenga; mientras que obedecer tiene la consigna de ir adelante, no mezclándose en las disposiciones que da el Mando, y al mismo tiempo tener la satisfacción de que se han cumplido con lealtad.

Así, pues, camaradas, unánimemente seamos todos unos y tratemos de conquistar el aprecio de nuestros hermanos que en las trincheras están peleando, aunque nosotros también exponemos nuestras vidas, y poderles decir mañana: nosotros os ayudamos con nuestro trabajo en transportes; pero os ayudamos más con nuestra sana fe. ¿Y sabéis por qué? Porque el corazón, el alma, verdaderamente española, está en vuestros pechos como en los nuestros, y así, unidos, con la frente muy alta, poder gritar: ¡Viva el Frente Popular!

EL DELEGADO DE LA 2.ª DEL 2.º

Nuestra cultura será siempre superior

¿Desde cuándo es conocido y comentado el tema de instrucción y educación? Tan antiguo es, y tan comentado, como antigua es la aparición del hombre sobre la Tierra.

Al nacer éste, lleva consigo el instinto de saber y enseñar. Espejo claro, lo encontramos en la antigüedad, donde tras los días de batalla, la enseñanza era indispensable, siendo considerados, y llevados a las mayores jerarquías, aquellos hombres que, a pesar de su origen humilde, e incluso esclavos, conseguían con la ciencia abrirse el paso del poder. Posteriormente, a la caída del imperio romano, la ambición se fué apoderando de los hombres, llegando a tal extremo, que Europa se vió como un hermoso suelo, cubierto de infinidad de mosaicos de diversos tonos.

El afán de conseguir tierras y más tierras, extender su poderío y llegar, influídos por la soberbia, a ser señores de un gran feudo, e intervenir en los asuntos de la nación, hizo que en esta época los hombres del pueblo no dejasen por un momento las armas, viéndose la cultura refugiada únicamente en los atrios de los templos y entre los arqueados, fríos y esbeltos muros de los conventos. Pero el pueblo, ansioso de saber, indagaba, se desesperaba por llevar a su mente la cultura.

La guerra, y el gran precio de los pocos libros existentes en esta época, estrellaba las ansias de saber del pueblo. Pero un día, como sol resplandeciente, llegó la Imprenta; ya podría imprimirse libros y llegar a los más recónditos lugares; la Humanidad, ansiosa de saber, aguzó sus afanes. La impresión de libros hizo que consiguiera sus deseos; las Letras, Filosofía y Ciencia fueron esparciéndose por todo el ámbito humano, y poco a poco el don de saber leer y escribir fué pasando de aquellos fríos templos y conventos al pobre, humilde y trabajador pueblo.

En España, en nuestra amada Patria, ocurrió otro tanto. Posterior a la Imprenta, vemos con orgullo aparecer en nuestro suelo astros de primera magnitud que llenan de gloria la Literatura española.

Los descubrimientos, la conquista de tierras y tierras, el afán de poderío, las luchas por querer mantener el dominio sobre esos territorios que suspiraban por su libertad, la corrupción de la sociedad, el malgastar de las gentes adineradas para el sostenimiento de sus vicios, obligó a exigir un aumento de trabajo, al mismo tiempo que un descuento del salario, y, por lo tanto, debido al mucho trabajo, vino el abandono de la enseñanza. Así, dejándonos este cuadro, desapareció la funesta monarquía, a la que vino a suplantar, con rayos de luz y porvenir esplendorosos, la República.

Los hombres que empezaron a regirla, dándose cuenta del analfabetismo por que atravesaba nuestro suelo, comenzaron con gran afán a combatir esta herencia de la época pasada, y empezaron a sembrar la enseñanza por toda la tierra española, creando escuelas y misiones pedagógicas, y hoy, que la guerra por que atravesamos nos ha puesto en contacto con la mayoría del pueblo español, vemos con gran dolor el grado de incultura en que se halla nuestro pueblo. Por eso los grandes dirigentes de nuestro país combaten no sólo entregando armas a nuestro pueblo, sino haciendo llegar a la mente de nuestros bravos luchadores la cultura, tan ansiada por todos. De aquí el acierto de la creación de las Milicias Culturales, donde hombres del pueblo llevan la cultura a la mente de los que la desconocen. Sigamos, pues, como hasta aquí; luchemos sin descanso, y sobre las manchas rojas dejadas por la sangre de nuestros hermanos, forjemos una España feliz, y al terminar esta cruel y sangrienta guerra, demostremos al mundo que sobre las armas y en las trincheras, al calor de la pólvora, se ha formado una cultura firme y envidiable. ¿Cómo no serlo si ha nacido con lágrimas y sangre?

A. COLLADO

A LOS CAMARADAS DEL TRANSPORTE

Los momentos por que atraviesa nuestro país, debido a la guerra que estamos sosteniendo contra el fascismo nacional y sus malvados secuaces internacionales Hitler y Mussolini, nos obliga a todos los camaradas que componemos el Servicio de Tren del Ejército a trabajar con el mayor celo y cumplir los servicios que nos sean encomendados con la mayor rapid z, al mismo tiempo que preocuparnos del material que nos es confiado, pues debemos tener en cuenta que muchas veces depende de nosotros el que nuestros hermanos de lucha que se encuentran en las trincheras obtengan la victoria que nos beneficiaría a todos por igual; por tanto, debemos, en los ratos que no tenemos servicio que cumplir, cuidar de nuestros camiones, revisando todos sus organismos para estar seguros de su buena marcha y funcionamiento y al mismo tiempo cumplir las órdenes de nuestros mandos con la mayor disciplina, dándonos cuenta de que éstos han sido y son compañeros que nunca tendrán la idea de hacernos ningún mal y que muchas veces nos acompañan en nuestros servicios, pasando con nosotros las fatigas y las alegrías.

Por eso, camaradas, estando seguros de que el Servicio de Tren del Ejército es uno de los puntales más firmes de la victoria, nosotros debemos dar nuestro mayor rendimiento para alcanzar ésta lo antes posible, sin negar ningún esfuerzo que nos sea pedido para el aplastamiento total del fascismo. Con esto habremos cumplido nuestro deber de soldados del Ejército glorioso del pueblo.

UN SOLDADO DEL SERVICIO DE TREN DEL EJERCITO

UNIÓN POLIGRÁFICA. CONSEJO OBRERO.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid